

CARTA DEL OBISPO

FELIZ PASCUA DE RESURRECCIÓN

¡Cristo ha resucitado!. ¡Aleluya!

**+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander**

¡Cristo ha resucitado!. ¡Aleluya!. Esta es la feliz noticia, que suena a pregón de fiesta en el tiempo de Pascua. La Iglesia, con gozosa emoción, anuncia a los cuatro vientos que Cristo ha resucitado. Este anuncio ha recorrido los siglos y llega cada año en la primavera florida hasta cada uno de nosotros para inundarnos de gozo.

Nos felicitamos por la noticia siempre buena y siempre nueva: la Resurrección del Señor. Cristo muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida.

La Resurrección de Cristo es el milagro del comienzo de la vida nueva. Ahora la última palabra la tiene no la muerte, sino la vida, por eso podemos saltar de júbilo y hacer fiesta. Damos gracias a Dios por la vida nueva, que brota a raudales del árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo.

Desde el acontecimiento trascendental de la Resurrección del Señor, un río de esperanza inunda nuestras vidas. Es una esperanza que no defrauda. El hombre actual está cansado de oír el reclamo de viejas ideologías que no dan respuesta satisfactoria y definitiva a los grandes interrogantes de la existencia humana. “Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro” (Vaticano II, GS 10).

La Resurrección de Cristo nos pone ante la gozosa exigencia de lo nuevo. En la Noche santa de la Vigilia Pascual todo es nuevo: la *luz* (el cirio), que nos hace testigos del gran Viviente Jesucristo. No somos fúnebres seguidores de un cadáver enterrado en la tarde del Viernes Santo, sino testigos alegres y esperanzados de Cristo Resucitado en el alba madrugadora del Domingo de la Pascua; el *agua*, símbolo del Bautismo, que nos hace hijos de Dios; el *pan* de la Eucaristía, que nos hace hermanos alrededor de la mesa de la unidad. Pero, sobre todo, es nuevo el hombre que renace en Cristo ‘por el agua y el Espíritu’ (Jn 3, 5). Si hemos sido sepultados con Cristo en su muerte por el Bautismo y nos hemos identificado con Él en su Resurrección, no podemos ser hombres viejos y de pecado (cfr. Rom 6, 3-11), hombres vencidos por la tristeza, el pesimismo o el miedo. Hemos sido ‘engendrados, por la Resurrección de Jesucristo, a una esperanza de vida’ (1 Ped 1, 3).

Para todos vosotros, queridos diocesanos y hombres de buena voluntad, mis mejores deseos de una feliz Pascua de Resurrección.